



## Capítulo 493: Zafiro encontró algo irritante.

Zafiro caminaba por el estrecho sendero del bosque con pasos pesados, con los puños apretados y el rostro surcado de irritación. Los árboles se extendían a su alrededor como interminables paredes verdes, asfixiándola con su presencia. No había ninguna limpieza, ninguna señal de fin. Sólo este laberinto natural e interminable la hacía sentir atrapada.

Respiró profundamente, pero cada vez que inhalaba, se llenaba del húmedo aroma de la madera, la resina y las hojas. Era como si el bosque se burlara de ella, como si hubiera decidido envolverla y nunca dejarla salir.

"Maldita sea..." murmuró, con la voz baja y áspera.



El nerviosismo palpitaba en su pecho, latiendo junto con la impaciencia. El zafiro nunca estuvo destinado a la paciencia. Nunca tuvo la intención de soportar la incomodidad de no tener control sobre su camino. Y ahora, cada minuto que pasaba dentro sólo la irritaba más.

El primer animal que se cruzó en su camino —un ciervo observándola curiosamente desde los arbustos— no tuvo tiempo de reaccionar. Una llama intensa escapó de sus manos como un reflejo. El fuego envolvió al pobre animal, que soltó un chillido desesperado antes de desmoronarse en cenizas.

Ella no se detuvo a pensar. Ella ni siquiera miró atrás. Ella simplemente siguió caminando.

Cada hoja que se movía, cada sombra que parecía acercarse, cada tronco que bloqueaba parte de su visión... todo fue incinerado.



El fuego ya no era un arma, era una reacción automática. Su rabia se tradujo en llamas, quemando todo lo que la rodeaba, como si pudiera hacerse espacio, como si pudiera destruir esa asfixiante sensación de estar perdida.

El aire se hizo más pesado, impregnado del olor a madera quemada. El rastro detrás de ella había desaparecido —sólo un rastro negro, marcado por cenizas y humo.

Caminó como una tormenta viviente, hasta que apareció algo diferente.

En la rama de un árbol más adelante, un pequeño pájaro de plumas rojas estaba sentado, observándola. Sus ojos brillaban como dos brasas, curiosas, casi infantiles.

Zafiro se detuvo y sus cejas se arquearon.

"¿Qué quieres?" Ella dijo con desdén.

El pájaro no se movió. Simplemente inclinó la cabeza hacia un lado, como si intentara comprender lo que veía.

Eso la enfureció aún más.

"¿No tienes nada mejor que hacer?" Ella gruñó, levantando la mano. "¡Entonces quémalo con el resto!"

Una esfera de fuego se formó en su palma y voló hacia la criatura. Las llamas explotaron contra él, cubriendolo por completo.



Zafiro sonrió, listo para seguir adelante.

Pero entonces... sucedió algo extraño.

El fuego no lo consumió.

No lo convirtió en ceniza.

En cambio, el pájaro parecía absorber cada chispa, cada llamarada, como si el fuego no fuera más que alimento.

Sus plumas brillaban más intensamente, pulsando en vivos tonos de rojo y dorado.

Y, en un gesto sorprendente, el animal agitó sus alas lentamente, extendiéndolas como en un arco. Luego levantó un ala y la agitó de manera extraña —burlona.



Sí, burlándose de ella.

Los ojos de Zafiro se abrieron con incredulidad.

"Ce...?"

El pájaro volvió a batir sus alas, inclinó la cabeza y emitió un breve chirrido que sonó más como una risa.

La ira de Zafiro estalló.



"¿Te estás burlando de mí?"

Levantó ambas manos y desató un chorro de llama mucho más fuerte, un rayo continuo que encendió todo lo que lo rodeaba. El calor era tan intenso que el aire temblaba y se distorsionaba.

Pero una vez más, el pájaro no huyó. No gritó.

Simplemente abrió el pico y se tragó las llamas, como si estuvieran hechas para él.

Zafiro dio un paso atrás sorprendido.

Y luego saltó de la rama.

A medida que se elevaba en el aire, algo cambió. El cuerpo del pájaro comenzó a brillar intensamente, cada pluma se incendiaba, hasta convertirse en llamas vivas. Su tamaño creció en un abrir y cerrar de ojos, desde el tamaño de un pájaro común a algo mucho más grande, majestuoso, con alas en llamas que se extendían hasta el cielo del bosque.

El calor que emanaba cambió todo el ambiente. El frío húmedo del bosque fue reemplazado por una ola caliente y ardiente que secó el suelo y quemó las hojas que lo rodeaban.

Zafiro, por primera vez, no sabía si sonreír o retroceder. Sus ojos eran amplios y reflejaban a la criatura que tenía delante.

"Esto..." murmuró, casi sin voz. "Este no es un pájaro cualquiera..."



La llama dorada que rodeaba a la criatura parpadeaba siguiendo patrones magníficos. El pájaro abrió el pico y dejó escapar un llamado largo y poderoso que resonó como una melodía antigua, un sonido que parecía perforar el alma de Zafiro y vibrar en sus huesos.

Y entonces ella entendió.

Ante sus ojos, en medio del bosque, se levantó un fénix.

El mítico es que hasta entonces sólo había sido leyenda, sólo palabras en libros antiguos. Una entidad viviente de fuego, que no podía ser destruida, sólo renació de sus propias cenizas.

El corazón de Zafiro latía más rápido.

Una parte de ella estaba abrumada por la fascinación.

Otra parte, todavía ardiendo de orgullo y rabia, quería demostrar que podía destruirlo.

"Un fénix..." repitió, sonriendo. "¿De verdad crees que puedes reírte de mí?"

La criatura dejó escapar otro llamado, sus alas de fuego latían y enviaban chispas que encendían el aire a su alrededor. El calor era insopportable, incluso para alguien acostumbrado al fuego.

Pero Zafiro no dio marcha atrás.



Zafiro apretó los dientes, respiraba con dificultad y su corazón latía con fuerza como si quisiera explotar. La canción del fénix la atravesó internamente como una burla, una provocación. Cada chispa que caía de las alas de la criatura parecía burlarse de su impotencia.

"¿Crees que me humillarás?" Ella gritó, el sonido de su propia voz se mezclaba con el crepitante de las llamas que se elevaban en sus manos. "¡Te mostraré qué es el verdadero poder!"

El fuego envolvió sus brazos por completo, llamas espesas y vibrantes que se retorcían como serpientes hambrientas. Con un rugido de furia, desató una explosión colosal, mucho mayor que las anteriores, un maremoto de llamas que arrasó el bosque hacia la criatura.

El calor de la explosión sacudió el suelo y árboles enteros se doblaron bajo la presión antes de desmoronarse y convertirse en carbón. El cielo de arriba se oscureció mientras el humo subía en espiral.

Pero el fénix no se retiró.

Levantó las alas con calma, como si el ataque no fuera más que una brisa cálida. Las llamas que había liberado Zafiro fueron absorbidas nuevamente, pero esta vez el cuerpo del fénix brilló aún más. Era como si cada ataque sólo la fortaleciera, como si Zafiro estuviera alimentando involuntariamente a su enemigo.

"Maldita seas..." Sapphire escupió, estrechando los ojos. "Te estás divirtiendo con esto, ¿no?"

Con un rápido salto, se elevó por el aire, envuelta en llamas, como un meteorito humano. El impacto de su cuerpo contra el espacio donde se encontraba el



fénix creó un cráter de fuego, consumiendo el suelo. El sonido de la explosión resonó como un trueno, enviando olas de calor por todo el bosque.

Pero cuando el polvo y el fuego se disiparon, la criatura resultó ilesa.

Simplemente se había elevado más alto, deslizándose con gracia, observándola desde el cielo. Sus ojos brillaban como pequeños soles, cargados de algo que Zafiro no podía explicar—sabiduría, superioridad o simplemente indiferencia.

La sangre del zafiro hirvió.

"¡Baja de aquí!" Ella rugió, canalizando todo su poder en un solo golpe.

